

Jueves Santo

El sábado pasado después de la misa, alguien me dio un billete de \$20 y me dijo: “Sé que va a ir a la apertura de los Reales esta semana. Tómese una cerveza por me.” Alguien más me dio un billete de \$50 y dijo: “Esto es para usted, y tengo \$20 para el diácono.” Créanme, esto no me sucede cada semana. Después alguien más me dio \$10 y me dijo: “Esto es de las ventas de galletas”, y alguien más me dio \$25 y dijo: “Esto es para dos misas, una por mi esposa y otra por mi madre”. Tan pronto como pude, anoté quién me dio qué y por qué. De lo contrario, cuando regresara a la casa parroquial, tendría \$105 en mi bolsillo, y no podría recordar cuántas personas me dieron qué sumas con qué propósito. Todo vino en efectivo - nada por escrito, y tuve que recordar todo. Mi memoria es buena, pero no es tan buena.

La memoria es algo que perdemos a medida que envejecemos. Todos nosotros perderemos la memoria. Yo le pido a Dios que cuando me suceda a mí, haya gente que me ame lo suficiente como para aguantarme y que se alegren de que todavía esté entre ellos, incluso si no tengo ni idea de quiénes son. La noche del Jueves Santo es para que recordemos. “Hagan esto en conmemoración mía”, dijo Jesús. Una de las razones por las que dijo es por la primera lectura del día de hoy sobre la primera pascua, que concluye con estas palabras: “Ese día será para ustedes un memorial y lo celebrarán como fiesta en honor del Señor. De generación en generación celebrarán esta festividad”.

Así es como sucedió la Pascua. Algunos descendientes de Abraham vivían en Egipto, y el nuevo Faraón los convirtió en esclavos. Ellos clamaron al Señor para que les concediera la libertad, y Dios los ayudó. Dios sabía que el Faraón no los dejaría salir de Egipto por pura generosidad, así que tuvo que llamarle la atención al Faraón de una manera diferente: a través de plagas. Dios pensó: “Si el Faraón tiene la vida destrozada, dejará que el pueblo de Israel salga libre solo para deshacerse de ellos”. Dios no envió una plaga sino diez: El agua del Nilo se convirtió en sangre. Las ranas entraron en el palacio, en los dormitorios, en las camas, en las casas de los criados, en los hornos y en sus cuencos. Los la gente y las bestias se llenaron de mosquillos. Enjambres de moscas entraron en las casas y devastaron la tierra. La pestilencia tomó mato a los caballos, burros, camellos, manadas y rebaños. Las llagas se les infectaron a la gente y los animales. El granizo cayó tan ferozmente que mató a seres humanos y animales en el campo. Un enjambre de langostas cubrió toda la tierra, haciéndola parecer negra, se comían la vegetación y llenaban las casas. Durante tres días vino sobre la tierra una oscuridad tan espesa que la gente la podía sentir y no se podía mover. Ahí es donde empieza la lectura de hoy: Antes de la décima plaga, la muerte del primogénito de toda familia humana y de cada animal, Dios le dijo al pueblo de Israel cómo podían evitar que les sucediera esto a ellos. Ellos tenían que tomar un cordero, y “toda la comunidad de los hijos de Israel lo inmolará al atardecer. Tomarán la sangre y rociarán las dos jambas y el dintel de la puerta de la casa donde vayan a comer el cordero”. El ángel destructor pasaría por encima de esas casas que tuvieran esa marca.

La Pascua proclama este mensaje: Dios es más poderoso que cualquier peligro. Dios puede hacerles la vida difícil a quienes nos afligen. Pese a ello, a Dios le preocupó que se nos olvidara eso. Cuando tenemos problemas, dudamos de que Dios puede ayudarnos. Nos podemos desesperar y tomar la decisión equivocada. Y se nos olvida el pasado. Dios quiere una cosa de nosotros. Dios quiere que recordemos: recordar la Pascua y recordar a Jesús. Con cada misa recordamos y le decimos a la siguiente generación que a pesar de todo lo que nos hace esclavos -el dinero, la lujuria, la pornografía, las drogas o las malas relaciones- Dios puede salvarnos si lo recordamos.

THURSDAY, APRIL 13, 2017